

Colección *Epistolarios*

dirigida por
Marcelo G. Burello

Diseño y composición: Gerardo Miño

Edición: Primera. Mayo de 2016

Tirada: 600 ejemplares

ISBN: 978-84-16467-33-4

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2016, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila sl

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Página web: www.minoydavila.com

Mail producción: produccion@minoydavila.com

Mail administración: info@minoydavila.com

Dirección postal: Tacuarí 540. Tel. (+54 11) 4331-1565
(C1071AAL), Buenos Aires, Argentina

Sigmund Freud y Stefan Zweig: “La invisible lucha por el alma”

Epistolario completo
1908-1939

PRESENTACIÓN: JOSÉ E. MILMANIENE

TRADUCCIÓN: AGOSTINA SALVAGGIO Y MARCELO G. BURELLO

EDICIÓN: MARCELO G. BURELLO

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

ÍNDICE

Presentación
por José E. Milmaniene

.....
7

Nota del editor
por Marcelo G. Burello

.....
13

Stefan Zweig y Sigmund Freud:
Epistolario completo

.....
17

Stefan Zweig:
Palabras ante el féretro de Sigmund Freud

.....
III

PRESENTACIÓN

por José E. Milmaniene

El intercambio epistolar entre Freud y Zweig muestra al creador del psicoanálisis en la doble faceta de *Dichter* (creador de ficciones) y *Naturforscher* (científico naturalista). Sus cartas nos ofrecen un material inagotable para “poner a trabajar” las propias concepciones psicoanalíticas, en el proceso mismo de su producción.

En su correspondencia, Freud relata las diversas vicisitudes que rodean su vida—expresadas por el decir poético (*Dichten*) de un gran estilista de la lengua alemana—; así como también transmite con claridad el “pensamiento pensante” (*Denken*) acerca de los mecanismos del inconsciente. Freud consideraba a los artistas como capaces de un acceso privilegiado a la “*otra escena*” inconsciente (*eine andere Schauplatz*), de modo que la figura de un creador literario de la talla de Zweig operó como estímulo para la redacción de una correspondencia plena de reveladoras consideraciones psicoanalíticas.

Zweig era para Freud no sólo un escritor admirado por la belleza de su estilo literario, sino también por su aguda capacidad de observación, para la comprensión de lo “*sinistramente excesivo*” que habita en los núcleos más profundos de la subjetividad de su tiempo. Freud consideraba a los poetas y escritores como capaces de avizorar en “estado práctico” los complejos mecanismos inconscientes, sin el esfuerzo intelectual que demanda al investigador psicoanalítico la captación conceptual de los mismos. El creador literario devino para Freud un valorado aliado en la exploración del inconsciente, de modo que el intercambio epistolar con un escritor muy compenetrado con sus originales ideas operó como un verdadero dispositivo (*Dichtung*), propicio para plasmar una escritura imbuida de un consistente “plus de sentido” psicoanalítico.

Se trata pues, en estas cartas, más que de la formulación de nuevos conceptos, de la “puesta en acto” de los operadores mayores de la teoría, es decir, de la transmisión de las ideas psicoanalíticas, con un claro estilo didáctico, que las dota de una inusual potencia discursiva. Este intercambio epistolar revela una fuerte afinidad entre dos hombres que se enviaban mutuamente sus obras, con la seguridad de encontrar cada uno en el otro un lector privilegiado, dado que ambos compartían la misma convicción en el *poder redentor de la palabra*.

Zweig admiraba profundamente al hombre Freud, tanto por su valentía para abordar sin inhibiciones ni falsos pudores la vida sexual humana así como por su coraje para vencer las enormes resistencias que despertaba su genial obra, a la que consideraba la mayor contribución para la comprensión de los conflictos del alma humana.

La profunda valoración de la obra freudiana reside no sólo en que ésta revela los mecanismos inconscientes que presiden todas las conductas humanas –desde las más sublimes hasta las más pulsionales–; sino que también ha fundado una práctica clínica inédita, la *curación por el espíritu*, tal como la llamó Zweig. Ésta posibilita la elaboración –a través de la palabra interpretativa enunciada en transferencia– de los conflictos inconscientes que desgarran a la subjetividad, atenazada por la culpa, los mandatos de imposible cumplimiento, los goces letales, los deseos incumplidos, los fracasos neuróticos, y los amores imposibles. Zweig, al igual que otros escritores y artistas, sostenía que el descubrimiento psicoanalítico implicó mucho más que un método terapéutico, dado que no solo revolucionó todos los campos del saber, sino que además posibilitó el desarrollo de una renovada concepción del hombre. Escribe en una carta del 9 de diciembre de 1929: “Quizás aquello que para usted era lo más importante, el método curativo, para mí hoy ya no es lo esencial de la obra. Creo que la revolución que Ud. ha provocado en lo psicológico y filosófico, y en toda estructura moral de nuestro mundo, abarca mucho más que la parte terapéutica de su descubrimiento”.

En otros términos, Zweig percibió que Freud había fundado una *ciencia conjetural del sujeto*, la que permite –a través del desciframiento interpretativo de los deseos inconscientes– hacer inoperantes las defensas imaginarias yóicas y las fijaciones sintomáticas. El psicoanálisis freudiano posibilita así la apertura a un “*nuevo decir*” –que expresa lo que fue silenciado por las represiones o negaciones–, el que facilita la reconciliación del sujeto con la dimensión simbólica de la existencia y la recuperación de la experiencia placentera del evento del lenguaje.

La analítica *poético-existencial* creada por Freud permite consolidar un gran progreso sublimatorio, al develar la diferencia ontológico-sexual que nos singulariza y los deseos inconscientes que nos causan. Freud ha inventado los *nombres teóricos* que permiten hacer consciente el inconsciente, y le ha devuelto a la *palabra* la potencia terapéutica, que posibilita no sólo la supresión de los síntomas, sino también la comprensión de los mecanismos inconscientes que anudan los goces letales, en sus insistencias repetitivas.

Freud, a su vez, estimaba a los escritores como Zweig, que eran capaces de crear ficciones que ponían en escena los conflictos inconscientes esenciales entre el deseo y la Ley. Las narrativas poéticas exponen, con ganancia de placer estético, la dramática existencial ligada a los grandes dilemas éticos, que sig-nan la conducta humana. La “puesta en escena” literaria permite por ende un

distanciamiento reflexivo por parte de los lectores, que opera ya inicialmente, como la posibilidad de un cambio en la posición subjetiva. Es decir, Freud ha ponderado siempre el poder rectificativo del arte y la capacidad del creador de exponer a través de mínimos detalles y sutiles matices discursivos y gestuales, los deseos inconscientes más profundos, opacados por sólidas racionalizaciones encubridoras.

Freud pondera el hecho de que el novelista logre, a través del lenguaje, la exposición de relaciones intersubjetivas insospechadas, que hasta entonces nadie había puesto en palabras. La escritura presenta los dramas existenciales de modo tal que nos permite plantearnos las buenas preguntas, que posibilitan así una mayor aproximación a la intelección de las escenas sexuales reprimidas, que operan como el fundamento último de todos los conflictos. De modo que Freud no sólo obtuvo un elevado placer a partir de la lectura de las obras del escritor –que lo distraían de su esforzada labor analítica–, sino que le permitió desarrollar su hermenéutica interpretativa, dado que la maestría de la expresión verbal del escritor, con la consiguiente acumulación simbólica que procura, hace “que lo oculto se entrevea cada vez más”.

El estado de “*gracia poética*” en que son formulados los conflictos existenciales por los escritores, literatos y dramaturgos le otorga al discurso artístico un alto grado de transparencia, lo que permite atisbar con mayor facilidad los deseos y goces inconscientes que subyacen en las obras, y puedan por ende ser develados con mayor precisión por la interpretación psicoanalítica.

A través de dos obras clásicas de Zweig, *Confusión de sentimientos* y *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, a las que consideraba como “pequeñas obras maestras”, Freud pudo no sólo profundizar en la comprensión de los procesos inconscientes que determinan las conductas humanas, sino también afirmar sus concepciones, con la “ganancia de saber” inherente a los logrados ejemplos alegóricos de la teoría.

El hospitalario acogimiento de sus trascendentes aportes y la sensible captación del sentido de sus innovadoras propuestas por parte de un narrador como Zweig motivó en Freud, seguramente, un particular “*momento fecundo*” en la formulación y exposición de sus originales ideas. En tal sentido, recordemos que Zweig –como consagrado autor de biografías– se sentía particularmente atraído por la psicología profunda de sus personajes, y en consecuencia por el método psicoanalítico, que ofrece la más lúcida posibilidad de investigar y comprender en toda su dimensión los mecanismos inconscientes. Poseía una asombrosa capacidad de observación de los aspectos más reprimidos de la conducta, en consonancia con las conceptualizaciones freudianas más esenciales.

Podemos sostener así que Zweig aprehendió intuitivamente el *sentido sexual inconsciente de todos los síntomas*, tal cual lo piensa Freud, a saber: las expresiones psicopatológicas expresan un fuerte goce masoquista (sufrimiento erotizado), como modo de castigo y expiación por la culpa, que deriva de oscuras fantasías

incestuosas y parricidas. Así, en relación a los ataques epilépticos de Dostoievski, escribe en la carta del 3 de noviembre de 1920: “Incluso creo que, de hecho, en él se hacía presente una misteriosa sensación placentera de *deseo* luego de ciertas formas de ataques: aquí se muestra, seguramente, uno de los secretos más tentadores que existen para los patólogos”. Efectivamente, las misteriosas y placenteras sensaciones desiderativas –que acompañan inconscientemente a las expresiones sintomáticas– encuentran su fundamento último en el goce sexual masoquista que procuran, tal como nos enseña Freud. Entonces, las fecundas intuiciones psicológicas del escritor se acercan notablemente a las teorizaciones freudianas, basadas en el reconocimiento de la absoluta hegemonía del *deseo inconsciente*, como determinante en última instancia, de todos los conflictos existenciales y de todas las producciones sublimatorias.

El logrado encuentro amistoso entre Zweig y Freud devino de sus profundas afinidades humanísticas e intelectuales, dado que ambos sostenían el deber ético de enfrentar toda recaída imaginaria en el violento orden pulsional, con el consecuente fortalecimiento del registro sublimatorio. Freud vino a renovar en la modernidad el *Pacto con la Palabra* y a poner nombres teóricos a los complejos mecanismos de la psique, tal como escribe en la carta del 14 de abril de 1925: “Nuestro sobrio modo de luchar contra el demonio es ciertamente describirlo como un objeto comprensible para la ciencia”. En tanto que Zweig apeló a la potencia sublime de la escritura, que porta los valores ético-culturales de los libros, que conforman el acervo cultural de la humanidad, y cuya lectura deviene en un verdadero acontecimiento, dado que luego de frecuentar sus páginas seremos distintos: habremos accedido ya a un mayor grado de espiritualidad.

Describiré, a modo de introducción, un breve resumen de algunas de las principales cuestiones psicoanalíticas abordadas en esta correspondencia.

- a) En una carta del 4 de septiembre de 1926, Freud le expresa que lo que Zweig “ha puesto en palabras con un impecable disfraz” en su breve novela *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* lo convoca a una lectura interpretativa psicoanalítica.

Freud afirma que las obras literarias revelan que la infinita riqueza de las situaciones planteadas en diversas tramas argumentales remiten generalmente a un “pequeño número de ‘motivos originarios’” conformados por escenas traumáticas reprimidas, que generan fantasías de contenido incestuoso, las que son finalmente tramitadas a través de la producción literaria. Es decir, las creaciones artísticas son reediciones disfrazadas y embellecidas de las fantasías sexuales masturbatorias de la niñez, a través de un complejo proceso de simbolización y sublimación. De modo que aun las obras poéticas más sublimes reconocen una base pulsional, anclada en *fantasmas edípicos que portan un núcleo de verdad histórico*.

En consecuencia, Freud analiza la trama inconsciente de la novela, y descubre que el fundamento último del enamoramiento de la protagonista por el joven polaco reside en la fijación incestuosa de la madre por su hijo. Los “imprevisibles impulsos” de toda mujer (frase con la que comienza la narración) adquieren pues, luego de la interpretación analítica, su razón motivacional inconsciente, que la lleva a jugarse su destino como repetición.

El escritor dejó trabajar bellamente a sus fantasías inconscientes, y puso en escena –a través de indicios tales como la edad del hijo y el énfasis en las manos que aluden a la masturbación– la posibilidad de develar e interpretar las verdaderas motivaciones inconscientes de los personajes. Freud explica, en una apretada síntesis, que en las elaboraciones poéticas, el *onanismo* es sustituido por la riesgosa práctica del *juego* compulsivo. Le escribe a Zweig: “La obligatoriedad, la irresistibilidad, las reincidencias a pesar de las más firmes intenciones, el peligro que amenaza a la vida, son rasgos directos del antiguo modelo. La primera denominación que el onanismo había encontrado en el ámbito infantil fue la del ‘juego’: un juego peligroso, se le decía al niño, en el que se enloquece o se muere”.

Es decir, a la belleza de la escritura poética Freud le dona la Verdad del Saber inconsciente acerca de un “núcleo desconocido”, que de revelarse sin el procesamiento formal del arte resultaría “repugnante” para la conciencia. Entonces, el psicoanálisis demuestra que en la base de todas las ilusiones ficcionales de redención operan fantasías inconscientes edípicas, semejantes a las que permite colegir la interpretación psicoanalítica de este texto literario, y que Freud resume así: “El motivo es el de la madre que, al entregar su propia persona, inicia al hijo en el contacto sexual para salvarlo de los peligros del onanismo, que al niño se le aparecen como peligros gigantes que amenazan su vida”.

- b) Freud sostiene, a partir del análisis de la producción literaria de Dostoievski, una premisa esencial: la vida y la obra de los hombres resultan efectos –síntomáticos o sublimatorios– del particular modo en que cada cual resuelve las vicisitudes de su “constitución sexual”. Así, las peculiaridades existenciales y artísticas de Dostoievski están signadas por el hecho traumático fundamental de haber sido castigado por su padre en su juventud.

A partir de este significativo incidente se revela la enorme *ambivalencia* que despierta la figura del padre, consistente en potentes y contradictorias corrientes emocionales, de imposible resolución. Freud describe la importancia esencial del *complejo paterno* en el destino de todo hombre, dada la doble actitud hacia la autoridad, a saber: “el voluptuoso sometimiento masoquista y la escandalosa sublevación en su contra. El masoquismo incluye el sentimiento de culpa que insta a la ‘redención’”.

En otros términos: la coexistencia del intenso amor al padre y la fuerte culpa por las fantasías parricidas instan al castigo expiatorio. Freud nos advierte que el fantasma parricida opera en todo hombre, y que en el inconsciente el neurótico supone que las meras intenciones fantaseadas equivalen a su efectiva consumación. El testimonio sublimatorio del *parricidio simbólico* lo constituye la *escritura*, modo privilegiado de dar cuenta de esa muerte, dado que gracias a ella se elabora el dolor que genera la ambivalencia, que supone matar al amado y temido padre. La escritura deviene entonces un modo logrado de resolver el conflicto que implica la necesidad de matar simbólicamente al padre, para subjetivarse en toda posición desiderativa; en contraposición a la impotencia, el sufrimiento y la culpa que origina el parricidio no consumado simbólicamente, o bien actuado en las conductas transgresivas.

Entonces, ese desgarramiento subjetivo entre el amor y el odio letal deriva en síntomas, o bien en la *escritura hecha síntoma* a la que se podría considerar así como una “*depresión estabilizada*”, en tanto evocación nostálgica del amor paterno perdido, dada la culpa que produce el fantaseado crimen primordial (parricidio).

A través de estos dos breves ejemplos, Freud transmite a su interlocutor la centralidad del Edipo, no solo en la causación de las neurosis, sino también en las producciones sublimatorias, que surgen como intentos –bellamente planeados– de su resolución. De modo que Freud, con gran economía de medios, explica cómo finalmente la vida resulta de la elaboración de la historia libidinal de cada cual, signada por intensas fantasías sexuales –incestuosas y parricidas– que pugnan siempre por algún modo de expresión y determinan el destino.

Esta correspondencia refleja la potencia espiritual de dos humanistas, que han apostado decididamente, en tiempos neblinosos, por el poder redentor de la Palabra. Todo aquel que frecuente las páginas de este epistolario se imbuirá de la serena esperanza que deriva de haber tomado contacto con dos hombres que, aun frente al rechazo de sus ideas o la persecución por su condición judía, han sabido sostener sin concesiones la luz que irradia las más lúcidas y sabias producciones del espíritu.

NOTA DEL EDITOR

por Marcelo G. Burello

Quizás sea verdad que Stefan Zweig (1881-1942), al no haber sido colega de Sigmund Freud (1856-1939) en ningún sentido profesional, y ni siquiera haber aplicado espontáneamente nociones de psicología profunda con pretensiones de originalidad en su obra (como era el caso del médico y escritor Arthur Schnitzler, según lo reconociera –no sin irritación– el propio Freud), pudo sentir un afecto genuino, una sana admiración por el padre del psicoanálisis, un compatriota, correligionario y coetáneo cuya cercanía y afinidad no le impidió sin embargo percibir la enorme distancia que los separaba (“lo importante en un creador no es de dónde viene, sino únicamente a dónde ha llegado” señalaría precisamente a propósito de Freud en su bello estudio *La curación por el espíritu*). Desde sus tímidos comienzos como poeta lírico (género en el que no perseveró, acaso gracias a su resonante éxito como prosista), Zweig se sabía un miembro más de una egregia cadena, la literaria, mientras que en Freud veía al creador de algo definitivamente nuevo y poderoso, cuya magnitud crecía día a día y cuyo ámbito de influencia no se dejaba describir bien –o no tan sólo– por el sencillo concepto de “ciencia”. De hecho, la obra entera de Zweig, y en especial aquello que más éxito le concediera en vida, sus biografías noveladas, ocasionalmente incurre en ciertos ejercicios de psicología casi psicoanalítica, pero siempre como respetuoso tributo al maestro, a la vez que como novedoso dispositivo estético. La carta del 21 de octubre de 1932 es elocuente, aunque quizás exagerada hasta un extremo casi servil: “todo lo que escribo está influenciado por usted”, confiesa allí el literato vienés. Este tipo de exabruptos han abonado la inflada tesis de Johannes Cremerius según la cual Zweig profesaba una “identificación heroica” respecto del psiquiatra¹, una proyección idealizada de su propia persona en la de su venerado objeto de culto; no en vano en su discurso de despedida (Zweig fue el otro único orador de aquel triste evento junto a Ernest Jones) lo designa “héroe espiritual”, admitiendo que para él había sido un privilegio tratar personalmente con el tipo de personaje histórico sobre el que tanto le gustaba escribir. No hay que olvidar que a ambos los separaba una diferencia de edad de un redondo cuarto de siglo, por lo que el papel de figura paterna operado por Freud ante Zweig no carecía, si se quiere, de sustento material.

1 Cfr. J. Cremerius, “Stefan Zweig Beziehung zu Sigmund Freud”, en *Freud und die Dichter*. Freiburg i. Br., 1995, Kore Verlag.

Ahora bien, ¿quién ha dicho que el cariño y la admiración, a fin de cuentas, deban o puedan ser puros y desinteresados? Freud fue para Zweig uno más de los muchos sujetos dignos de esas grandes biografías noveladas con las que tanto se destacaba el escritor, y ambos lo supieron prácticamente desde el inicio de esa relación que voluntaria y consecuentemente entablaron, primero de modo epistolar, y luego a nivel personal. En este sentido jamás hubo hipocresías o *arrière-pensées*: uno era un terapeuta, que escribía porque investigaba, y el otro, un escritor, que investigaba para escribir. A tal punto, que en una lúcida epístola de 1936, durante esa temeraria permanencia en suelo austriaco que ponía en riesgo su vida y la de su familia, el siempre agudo Freud le dice a su tenaz seguidor: “en la galería de criaturas humanas notables que usted construyó [...] soy ciertamente no el más interesante, pero sí el único que está vivo”. Las cuentas claras conservan la amistad, dice el refrán, y en este caso la relación se mantuvo contra viento y marea –pese a los malentendidos, pese a las propias gloriosas carreras, e incluso pese a Hitler y el fascismo europeo– durante dos décadas terriblemente dificultosas para dos judíos austriacos con un muy alto perfil en la opinión pública. Sin dudas, Freud era para Zweig –que sugestivamente persistía en escribir mal el nombre, confundiendo “Sigmund” con el más germánico “Siegmund”– una persona cercana, de carne y hueso, pero también un maravilloso pre-texto para sus textos, una espléndida referencia más para apuntalar su ascendente obra.

Esa obra, de cuyo resonante éxito el propio escritor a veces se sentía obligado a alardear para concitar la atención de su amigo, se fue cumpliendo en diversas estaciones específicas respecto de esta relación. Además de las “apropiaciones” de la hermenéutica psicoanalítica esparcidas en su narrativa y su ensayística, hay que mencionar puntualmente el capítulo dedicado a Freud en la ya mentada *Curación por el espíritu* (1930), la reseña del *Malestar en la cultura* en el diario *Berliner Tageblatt* (1931), los encomios con motivos de diversos aniversarios en la prensa (1926 y 1936), el discurso durante el sepelio, y sobre todo, el epistolario. Por cierto, no ha de sorprender que justamente un escritor sofisticado haya reparado tempranamente en los aportes léxicos realizados por Freud, quien –por usar la propia figura de Zweig– al expandir la lengua de los hombres había expandido la mente humana, para bien y para mal. Antes de los oportunos señalamientos de especialistas en el método freudiano como Pontalis o Ricoeur, Zweig ya había subrayado la enorme contribución *lingüística* operada por el insigne psiquiatra, resaltando –claro que sin quererlo– uno de los flancos que luego más atacaría la reacción antipsicoanalítica: su fundamento fuertemente literario. De aquí que en cierta ocasión, al enumerar a los grandes tributarios de los logros freudianos, el propio Zweig haya invocado nada menos que a Proust, a D. H. Lawrence y a Joyce... (ver carta del 8 de septiembre de 1926).

Preguntémosnos a la inversa: ¿qué significó en cambio el célebre novelista para el doctor Freud? Asiduo y curioso lector (no es preciso abundar en las

profusas relaciones entre literatura y psicoanálisis, que de hecho el psiquiatra intentara refutar al comienzo de su ensayo sobre “lo siniestro”), Freud no podía dejar de leer a una de las más renombradas plumas del momento, el escritor en lengua alemana más vendido en el mundo. Más allá de las menciones explícitas que hace de obras del autor, a menudo provocadas por el envío directo de la obra (desde 1908 ambos se enviaban a domicilio cada una de sus publicaciones, incluso en el exilio), es posible que a Freud le hayan interesado ante todo los retratos de personajes artísticos e históricos característicos de la prosa ensayística de Zweig, en especial aquellos que aportaban datos filológicos y biográficos —a menudo desinformados o deformados— sobre personalidades tan ricas y complejas como Hölderlin o Nietzsche (el autor que Zweig más solía citar). Sugestivamente, en estos gruesos volúmenes Freud podía dar a menudo con una imagen especular, pues no era infrecuente que el polígrafo vienés se tomara la libertad de aplicar —a veces con una laxitud rayana en el amateurismo propio de un conferencista dominical— los conceptos psicoanalíticos, en una versión de *vulgata* que a la vez hacía fruncir el ceño y curvar las comisuras de los labios a Freud. Un punto de encuentro muy concreto, como sea, lo promovió la obra y la personalidad de Dostoievski: en su *Dostoievski y el parricidio* (1928), Freud no sólo menciona la propia biografía del novelista ruso elaborada por Stefan Zweig (integrada en su compilado *Tres maestros*, de 1920), sino que además apela a la propia narrativa del autor ilustrando sus tesis con el relato *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, al que incluso llega a denominar “pequeña obra maestra”.

¿Puede hablarse entonces de una amistad entre estos notables personajes? Al correr del epistolario, entre anécdotas y confesiones, vamos advirtiendo que más bien se trata de un afecto interesado y algo unilateral. Stefan Zweig le envía libros a Sigmund Freud, lo desagradaba y lo homenaja, lo cita y lo aplica, le presenta amigos notables (Romain Rolland, Salvador Dalí), le gestiona premios y le dedica páginas, hasta que en la hora postrera despide públicamente sus restos mortales. Si Thomas Huxley fue apodado el “bulldog de Darwin”, de Zweig casi podría decirse lo mismo respecto de Freud, o al menos algo semejante. Por el lado de Freud, en cambio, cuando la relación irrumpe en su vida ya es un consagrado, aun con toda la cuota de incomodidades y escarnio público que eso le significa (y que ciertamente parece ser lo que más atrae la atención casi morbosa de su correspondiente). Sin duda el psiquiatra corresponde al afecto de su admirador, pero lo hace a distancia, sin ahorrarse críticas, con ese típico gesto a mitad de camino entre quien está pensando siempre en otra cosa y quien no quiere expresar abiertamente sus sentimientos, un gesto que —como bien sabemos— privó al doctor Sigmund Freud de amigos y discípulos durante toda su polémica existencia, sobre todo entre sus colegas (Wittels, Jung, Adler, Rank... la lista es larga). Véase, si no, la carta del 17 de febrero de 1931, con ya más de dos décadas de amistosos intercambios por detrás, donde el especialista

recrimina al divulgador su ignorancia respecto del psicoanálisis, sin dejar de celebrar lo mucho que ha estado aprendiendo últimamente... ¡y sin dejar de desearle muy felices vacaciones!

La relación singular que este volumen cubre se extiende desde mediados de 1908 hasta la muerte de Freud, a mediados de 1939 (el infatigable optimista Stefan Zweig curiosamente se quitaría la vida en Brasil, tres años después), y está documentada por todas las cartas conservadas que ambos se intercambiaron (algunas epístolas, lamentablemente, se han perdido para siempre), incluyendo comunicaciones con Anna, la hija de Freud, y el discurso fúnebre que Zweig pronunciara en Londres, último destino común para dos judíos que alguna vez habían sido ilustres ciudadanos austro-húngaros y ahora eran exiliados sospechosos en suelo británico. En vista del carácter netamente circunstancial de estos escritos, surgidos siempre de necesidades concretas y a veces hasta apremiantes, para esta versión en español hemos normalizado la redacción, hemos corregido pequeños deslices (salvo cuando estos no son tan pequeños), y hemos agregado notas que pretenden esclarecer los contextos o ampliar las referencias culturales y los implícitos, abundantes en un trato casi cotidiano. Pues en las páginas que siguen no comparecen, para bien o para mal, ni el magistral prosista *best-seller* ni el agudo científico revolucionario, sino algo así como dos viejos conocidos que por momentos se quitan sus respectivos y pesados disfraces y, ya sin mayores pretensiones de originalidad ni de estilo, condescienden a una vida cotidiana. O quizás no tanto...

Hemos recogido el texto tal como fuera publicado por primera vez íntegramente en: Stefan Zweig, *Briefwechsel mit Hermann Bahr, Sigmund Freud, Rainer Maria Rilke und Arthur Schnitzler*, editado por J. Berlin, H.-U. Lindken y D. Prater, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1987. También tomamos de allí el texto del discurso fúnebre, que por lo demás ya había sido publicado en el compilado de Stefan Zweig *Zeit und Welt. Gesammelte Aufsätze und Vorträge 1904-1940*, editado por Richard Friedenthal, Estocolmo, Bermann-Fischer, 1943. Mediante la convencional partícula “[sic]” marcamos, a título ilustrativo, sólo algunos de los errores de redacción de los muchos que señalan los editores del texto original, y que son fácilmente atribuibles a las propias condiciones de la redacción epistolar. Y adoptamos por título la bella expresión que emplea Zweig al final de su carta del 8 de septiembre de 1926, cuando le dice a su corresponsal “usted es aún el factor decisivo en la invisible lucha por el alma [Seele]. Sigue siendo el único que nos explica creativamente la mecánica de lo espiritual [die Mechanik des Geistigen]”. Sólo podemos conjeturar sobre cómo reaccionaba Freud ante el uso que Zweig hacía de ciertos términos tan delicados.

Cabe agradecer por último a los amigos Leopoldo Kulesz, Rogelio Fernández Couto, José Milmaniene y Gerardo Miño, que inspiraron o promovieron generosamente este libro en diversas instancias.

Epistolario completo
1908-1939

Sigm. Freud

Stefan Zweig

3/5/1908
Viena, IX, Berggasse 19¹

Muy estimado doctor:

Me he ausentado de Viena durante los primeros días de la semana pasada y al regresar a casa descubrí, gracias a la correspondencia, que hace tiempo le debo el agradecimiento por su amable envío². Por la lectura de las *Tempranas coronas* sé que es usted un poeta³; y los versos hermosos y de magnífica fluidez que resuenan cuando abro el libro me prometen una hora de intenso placer, que pronto arrebataré a mi molesto trabajo. Vislumbro el contexto y sospecho que tendrá la compasión de hacer morir al hombre que, según el antiguo poeta, regresó sano y salvo de Troya.

Reciba otra vez mi sincero agradecimiento.
Su cordial servidor,

Freud



-
- 1 En esta dirección, que antes había pertenecido a Viktor Adler (fundador del Partido Socialdemócrata de Austria), vivió Freud desde septiembre de 1891 hasta emigrar a Londres en junio de 1938.
 - 2 *Tersites*, drama en tres actos publicado en 1907. Se trataba de la primera obra teatral de Zweig.
 - 3 *Las tempranas coronas* era el segundo tomo de poemas de Zweig, y había sido publicado en 1906.

4/7/1908
Viena, IX, Berggasse 19

Estimado doctor:

Muchísimas gracias por el *Balzac*, que terminé de leer en un suspiro¹. Uno se ve arrastrado al torbellino que usted desea mostrar. El hombre le sienta bien; no sé quién era su Napoleón, pero de la pulsión de dominio de ambos ha recibido usted una buena porción, que ejercita en el lenguaje. Durante la lectura me resultó imposible quitarme de la cabeza la imagen de un osado jinete montado en un noble corcel. Me hallo fácilmente dentro de sus ideas, como si fueran conocidos míos

Tersites resultó muy bello, embriagador en ciertos aspectos, ¿pero por qué todos y cada uno de los personajes se ven llevados tan al extremo y el héroe resulta tan caricaturizado? A alguien prosaico como yo le resulta fácil preguntar de todo.

Me parece muy bueno de su parte que se tome el trabajo de enviarme sus obras y me pregunto cómo puedo devolvérselo con algo propio, claro que de un valor completamente distinto².

Su cordial servidor,

Freud



1 Zweig acababa de publicar su biografía intelectual de Balzac, cuyo prólogo aparecería años después en el compilado *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski* (1920).

2 De aquí en adelante, ambos se enviaron prácticamente todos sus libros.